

El Rosario: compartir la vida con María

De las Circulares de setiembre 1967 de Madre Ángela Vespa

Acojo, como dirigida personalmente a mí una exhortación del Santo Padre Pablo VI: “No dejes de inculcar con todo cuidado *la práctica del santo rosario*, la oración así querida de la Virgen y tan recomendada por los Sumos Pontífices, por medio de la cual los fieles están en grado de realizar de la forma más delicada y eficaz el mandato del Divino Maestro: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; tocad y se os abrirá»” (Mes Mayo).

Hermanas, respondamos generosamente como nuestro santo Fundador. Él amaba la oración del santo rosario; sus chicos, bajo su ejemplo, lo recitaban también en el camino yendo al trabajo: se adivinaba por el rítmico inclinar de la cabeza al “Gloria al Padre”. Don Bosco consideraba el rosario como devoción necesaria para custodiar la pureza del cuerpo y del alma, y para conservar la gracia, don del Espíritu Santo, luz y guía para amar a Dios y temer ofenderlo. El santo rosario no solo nos une a Dios siempre a nosotras presente, sino que nos eleva a la contemplación, oración viva que nos hace amar su gloria.

Esto es, hermanas, aquello que para nosotras es el rosario: una oración que regala la respiración de la calma y lentamente la crea; un filial detenerse en contemplación con María. El alma al hacer una pausa se hace activa en el amor a Jesús que salva, adora, sufre, expía; quiere compartir la vida con María, buscar como ella, en la jornada de trabajo, a veces fatigosa, siempre y solo aquello que le agrada a Dios. Y así, lentamente, en el trabajo interior las fuerzas toman vigor, los deseos de Jesús entran en nuestra vida, convirtiéndonos en verdaderas esposas de Él, verdaderas hijas de María.

El rosario es oración distendida, rica de actividad y de paz. ¿Sé hacer oración viva, transformar en contemplación el rosario, o bien, comparto en la práctica la opinión de quien lo sufre como una mecánica, monótona repetición de fórmulas? Alguna vez es fácil ceder a la prisa, al dinamismo, también en la oración. Muchos nos objetan: ¿Por qué repetir tantas veces la misma oración? ¿No basta una sola vez? También Jesús lo enseña: “Al rezar no multipliquen las palabras como hacen los paganos” (cf. Mt 6,5). Si la oración es vacía de amor, entonces sí, la repetición es aburrida, se convierte como un disco sin alma. Pero, cuando el amor y el dolor combatido y ofrecido la motivan, cuando la fe resplandece, no es más repetición: amor y dolor no se repiten, son siempre nuevos; a cada instante la misma palabra dictada por el amor, conquista una intensidad, un matiz, un sentimiento propio. Dios es infinito en sus atributos, en sus perfecciones; su misterio de amor no tiene confines. Cuando un alma lo contempla, se mueve libremente en su belleza, se entretiene devotamente en su presencia y le brinda el servicio de su filialidad; la palabra repetida se convierte, entonces, como el cauce del río sobre el cual fluye la misma oración.

Para reflexionar y orar

- ¿Cuál puesto tiene, en mi jornada, la oración del rosario?
- ¿Me preocupo por poner en esta oración a las personas que encuentro en mi apostolado?
- Ejercicio espiritual: “abrir” mis sentidos espirituales, para poder gustar y ver en mi corazón las alegrías y los dolores de María... Adquiero la costumbre de ejercitar una mirada contemplativa hacia el prójimo, capaz de reconocer y compartir las alegrías y los dolores de aquellos que encuentro a lo largo del día.

María Auxiliadora, ayúdame a vivir los misterios del rosario, a dejarme conquistar por el amor de Dios, a vivir solo para Él y para su Reino ahora y siempre. Amén.